

## **Primera parte**

### ***El castillo***

Raíces

*Dicen que nuestras venas se parecen a las raíces de las plantas: delicados filamentos que transportan la sangre por el tallo anclándonos al duro suelo de la realidad.*

*Me pregunto entonces sentada en el retrete: ¿es posible que luego de cortar una raíz pueda seguir con vida? Y me respondo un momento después, con la hojilla bailándose en los dedos: «quién sabe, pero solo de este modo podré ser trasplantada de este lugar».*

*Y no dudo en hacer aquello.*

Megan Johnson

## CAPÍTULO 1 – EL TELÉPATA

Corría en el bosque, jadeando, mientras volteaba una y otra vez. Quería huir de aquella energía oscura y pesada que me enchinaba la piel siempre que aparecía cerca de mí. Llovía a cántaros y se me dificultaba respirar. Pero nunca me detuve, y menos cuando era perseguida por un espíritu.

Me giré de nuevo.

Esquivaba árboles gigantes tratando de encontrar una mínima luz que me guiará hacia la salida. No quería que el bosque me tragara y se alimentara de mi sufrimiento. El incesante viento me lo murmuraba: estaba sola. Nadie me encontraría.

El lodo espeso se me colaba entre los dedos de los pies entorpeciendo mi escape. En medio de la desesperación y la falta de claridad, tropecé con algo grueso y caí de boca. Me levanté, apoyada sobre las rodillas, sintiendo ardor en la frente. Había pegado la cabeza contra algo.

Al menos la gélida lluvia en contacto con el golpe me aliviaba.

Consideré regresar a casa.

«No, nunca... y menos con ese espíritu».

Un susurro melodioso que había escuchado poco antes volvió. Y luego otro. Y otro más. Oía mi nombre en quejidos que me estremecían de pánico. ¿Estaría alucinando? No, claro que no. No había nadie. No había nada.

El juego de luces me mostró una silueta del otro lado del bosque. El alma. Ya venía. Era real. Reanudé la huida, dando brincos torpes. Me despejé las gotas de los ojos y reparé en una luz azulosa. Parecía ser una lámpara... ¿en medio de un par de troncos? La luz provenía de la corteza.

«Creo que me excedí con las pastillas».

A medida que corría, la luz se desvanecía como si los árboles estuvieran jugando conmigo.

«Malditas pastillas, esto no es real».

Pero comprobarlo no era una locura. Corré aún más, desafiando la verdad de mi entorno. Y funcionaba. Cuanto más avanzaba, menos se alejaban. Ya casi. Estiré el brazo para tocar las luces místicas, y un brillo cegador me envolvió arrastrándome entre los dos árboles. Un tirón en el estómago me hizo cerrar los ojos, sin entender en qué momento fui escupida en otro territorio.

Volé hacia un suelo seco y me golpeé los huesos al aterrizar. Con el estómago aun encogido, el aire me entró por la boca en aientos vaporosos. Arrastré los brazos, sintiendo la tierra pegada de la piel. Entonces alcé la vista. Estaba en otro bosque, uno cálido donde los cuerpos delgados y altos de los troncos se mezclaban con árboles tupidos.

«Esto no pudo haber sido una alucinación».

Perdí la respiración, de nuevo, mirándome las manos. «Estoy... ¿estoy sangrando?». Justo recordé el golpe en la frente. Lo palpé, confirmado el origen.

—No es nada —dije.

Comencé a buscar la salida oyendo el cantar de los pájaros, sonido que me mantenía serena a comparación de los gritos de los truenos y los lamentos de la lluvia.

Alcancé a ver el final del bosque. Más allá, una planicie se extendía ante mí. Me acerqué con la esperanza de encontrar algún campesino que pudiera ayudarme a regresar, pero solo había césped: kilómetros y kilómetros de césped. Me protegí los ojos del sol. Hallé a la distancia una edificación moderna cuyos ventanales inmensos no dejaban ver la tenue sombra de lo que parecía ser un gentilicio. Debía ir. Nadie llegaba a un lugar teniendo un portal como medio de transporte, y aunque deseara jamás volver a casa, había algo peor que un ente maligno aguardándome al día siguiente. La universidad.

Frente a la inmensa puerta de madera me veía insignificante. Por su peso tuve que empujarla con el hombro apartándola suficiente del marco para deslizarme.

Dentro, un comedor extenso iluminado por el sol radiante de la mañana parecía dispuesto solo para mí. Los bordes de las tazas relucían oro. También había un frutero en el centro, atiborrado. Nadie notaría la falta de una insignificante mandarina, además, con tantas copas de cristal y cubiertos de oro les alcanzaría para comprarse la frutería entera.

Me hice delgada, pasando entre las sillas. Rocé la cáscara jugosa, pero un estrépito reventó cerca de mis oídos. Una puerta que había sido destruida. Dentro de la nube de serrín que desprendió, salió un joven con el semblante fijo en mí. Gritaba como un desquiciado.

—¡¿Qué?! —pregunté, viendo los pedazos de madera volar por el comedor.

—¡Que corras!

No reaccioné a su mandato. ¿Por qué debía correr? ¿Y a dónde?

Segundos después un látigo atravesó el polvo y estremeció el comedor en un golpe seco.

El joven me echó al piso, colocándome la mano detrás de la cabeza. Busqué respuestas en su mirada, pero solo conseguí otra orden:

—Escóndete debajo de la mesa.

Desde el escondite miré cómo se incorporaba en posición de batalla mientras veía del otro lado a una mujer con las facciones del rostro cargadas de furia. Era la dueña del látigo.

Detallé su atuendo, fascinada. Vestía un traje púrpura tan pequeño, que los senos se le desbordaban. ¡Y ni hablar de la minifalda!

Levantó el polvo con cada zancada. Ante aquello, el joven sacó de su bolsillo una canica. Eso no serviría. No había manera. La mujer atacó con una fuerza abrupta inclinando el cuerpo hacia atrás. Antes de que el látigo lo alcanzara, el muchacho ya había lanzado la esferita al piso. Quedó dentro de un campo de pinceladas verdes, rojas y azules que lo resguardaron del ataque. El látigo rebotó.

—¿Dónde está? —Ella mostró los dientes, casi rechinándolos.

—No me creas idiota, Megan. ¿Piensas que te lo voy a decir?

Los ojos endemoniados recorrieron el comedor encontrando mis frágiles dedos bajo la mesa.

De algún lado salió una nube de humo denso, irritándome los ojos. Alguien me había tomado del brazo con una presión desmedida. Era ella. ¡Iba a matarme!

—Soy yo, carajo —dijo.

Di traspiés y me cubrí la nariz con la mano libre.

«¡Dios! Este tipo corre muy rápido».

No hubo manera de que retuviera el aire por más tiempo. Mareada, atravesamos la entrada que ya no tenía puerta. Aquel sitio parecía ser el centro del castillo, o de un penal. La gente cargaba espadas, cuchillos y cualquier otro objeto hecho para rebanar.

Vi al muchacho sacando las manos dentro de una bolsa y esparciendo un polvo en el marco. La puerta apareció de nuevo, intacta.

La tos persistió.

—¿No sabías que no puedes respirar cuando se lanza una bomba de humo?

—¿Qué...?

—Veo que eso es lo único que sabes decir. —Me dirigió una mirada insípida.

Me enderecé y volví a preguntar:

—¿Qué?

—Eso —Hizo un ligero movimiento con la cabeza—, «¿qué?». Ya no importa. —Se sacudió las manos—. ¿Cómo te llamas?

—Ni...

—Espera, no me digas —Mostró una sonrisa burlona—, te llamas «qué».

Hice una línea con los ojos.

—Nina. ¿Y tú quién eres? ¿Por qué esa loca venía por mí?

Unos golpes estrepitosos se sintieron del otro lado. Pude oír a pesar del grosor de la pared las vulgaridades que escupía mientras echaba al suelo lo que parecía ser el frutero.

—¿Ella... romperá la puerta de nuevo?

—No puede. Tiene prohibido estar de este lado. Ya ha roto el convenio hoy dos veces.

Miré la puerta íntegra. Para dejarla así había usado un polvo grisáceo parecido a...

—¿Qué polvo era ese?

—¿Quieres saberlo? ¿En serio?

Mantuve los ojos muy abiertos preparándome para huir. Afirmé con la cabeza.

—Cenizas.

«¡Dios mío! ¡De un cadáver!».

—No nos permiten la crema, pero si fuera así rendiría un poco más —comentó, mostrándose desencantado.

—¿Pero qué...? —Me cubrí la boca, dando un paso hacia atrás.

—Es broma, son cenizas de escritos. Las fabrican solo los martes.

—¿Tú... tú puedes...? —Me alejé otro paso—. ¿Tú puedes...?

—Sí.

—¿Eso quiere decir que tú...?

—Ajá...

—Eres... —gagueé—, eres...

—Sí, sí, dilo de una vez. —Se hartó, moviendo la mano—. Soy un telépata. Puedo leer la mente.

Aparté la vista de su cara y la fijé en su cabeza.

—Puedo ver y escuchar todo lo que pasa por tu mente —dijo.

—No pensé que eso fuera real —sonréí, acortando la distancia entre ambos—.  
¿Cómo lo haces?

—Es un talento innato.

Lo miré, incrédula.

—¿En serio lo eres?

—¿Quieres otra prueba?

Asentí:

—¿Qué estoy pensando ahora? —Arrugué la cara.

—Nada. Solo finges que lo haces.

—Sí, eres telépata —aseguré.

Ahora debía ser más cuidadosa con todo lo que pasara por mi cabeza.

—Me mandaron a recibirte —dijo—. Al parecer llegué un poco retardado.

—¿Un poco? ¡Casi me matan!

—No exageres. Además, entraste por la puerta lateral. Estabas en el territorio de Megan, así que es un milagro que te hubiese sacado de allí. —Se percató de las manchas de barro que me escurrían por las piernas—. Necesitarás más que agua para quitarlas. Vamos, te llevaré a tu habitación y luego iremos con la directora. —Emprendió el recorrido.

—No iré a ninguna parte.

Esperó una razón.

—Necesito saber primero qué es este lugar. ¿Por qué me estabas esperando?

Forzó una sonrisa.

—No debería ser yo el que te lo diga. No es mi trabajo. Ven —Hizo un gesto con la mano—, vamos a tu...

—No pienso moverme de aquí hasta saber dónde estoy parada. —Me crucé de brazos.

Volvió.

—Muy bien. Estás en un establecimiento donde se desarrollan los talentos de los jóvenes a cambio de prestar servicio militar. Estás en el castillo Hayashi. Ahí tienes la respuesta. —Se giró—. Vamos a....

—No iré a ningún cuarto. Exijo ver a la directora ya. No me pienso quedar en una base militar disfrazada de castillo.

Regresó, de nuevo, con aires iracundos.

—Oye, me estás cansando. ¿Quieres ir con la directora? Bien —Se apartó, dejándome el camino libre—, entonces andando. Pero por amor a Dios, camina.

El centro del castillo albergaba en el suelo una hache de color bronce encerrada en un octágono que daba la sensación de contener escarcha en su interior.

Resultaban llamativas un par de escaleras que se situaban a cada lado del interior del castillo y que tal vez poseían la anchura suficiente como para que bajaran diez personas al mismo tiempo. Los escalones contaban con antiresbalantes amplios, lo que aprobaba subir o bajar sin tener que usar el barandal. El dueño de este lugar debía ser millonario por herencia o traficante de sustancias ilícitas. No había otro modo.

—¿Podrías decirme por qué aquí es de día?

—Es el cambio de horario —aclaró en un tono áspero, indicativo de no querer responder nada más.

—Disculpa si te molesto, esto es confuso y necesito respuestas. Mira, hace un momento estaba perdida en el bosque y de pronto aparecí en otro. No recuerdo cómo pasó. Había dos árboles. Obvio, era un portal. Pero eso no pudo suceder... es decir..., no sé si me caí por un hueco como Alicia y sigo alucinando, o si estas cosas pasan de verdad. Tú te ves bastante real. La loca del comedor también. Pero ese portal... ¿Esto es como brujería o algo así?

—El portal es tan real como el hecho de que necesitas un baño.

Entre el par de escaleras, debajo y al fondo había un pasillo central y dos diagonales. Cada uno daba la sensación de ser infinito, pero al menos se lograba avistar lo que había en su interior: puertas.

Lo seguí al pasillo central y aproveché el trayecto para evaluarlo, de reojo. Su mirada firme derrumbaría a cualquier persona; no intimidaba, sino que daba un aire de imponencia. Incluso sus pasos eran firmes. Usaba un pantalón oscuro cuya parte inferior estaba embutida en los zapatos. Llamó mi atención las fundas en su pierna donde guardaba armas blancas. Y para completar el aspecto militar, tenía una pistola sujetada a su cinturón.

«Este chico podría matarme en vez de salvarme».

Dirigí la mirada hacia el frente.

—Hay algo que no entiendo aún... Tú me estabas esperando porque sabías que vendría, ¿no es así? Claro, eres telépata. Pero... ¿por qué tendría que estar aquí? Digo, hasta me ofreciste una habitación para quedarme.

Liberó un suspiro.

—Verás, tú llegaste aquí porque justo ahora presentas un problema que desde hace tiempo no has podido resolver. Tú... ves cosas, ¿me equivoco?

Giré el rostro.

—No sé de qué hablas.

Me observó con una sonrisa compasiva y sus ojos consiguieron que le devolviera la mirada asegurándose de que lo escuchara con atención:

—Estás aquí porque posees un talento innato que no sabes sobrellevar, y si no lo tratas ahora mismo terminarás en un psiquiátrico.